

Desde las entrañas

(Will on The Inside)

Andrew Eliopoulos

TRADUCCIÓN DE
ANABEL MARTÍNEZ ÁLVAREZ

Kakao  books

Primera edición: Abril de 2024
Título original: *Will on the Inside*
Editorial original: Quill Tree Books

WILL ON THE INSIDE by Andrew Eliopulos
Text copyright © 2023 by Andrew Eliopulos
Published by Quill Tree Books, an imprint of HarperCollins Publishers.
Published by arrangement with Pippin Properties, Inc. through Rights
People, London.

© de la edición en español:
A. C. KAKAO BOOKS – Libros por la diversidad, 2024
www.kakaobooks.com – bookskakao@gmail.com
Reservados todos los derechos.

Ilustración de cubierta: Mojo Wang
Traducción: Anabel Martínez Álvarez
Correcciones: Diana Gutiérrez
Maquetación: Diana Gutiérrez
Impreso por Liberdúplex en Barcelona.

El diseño de colección de KAKAO BOOKS es obra de Diana Gutiérrez.
El logotipo está diseñado por Rodrigo Andújar Rojo.

ISBN: 978-84-126558-7-2
Depósito legal: B 4316-2024
Thema: YFB
IBIC: YFB

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización previa de sus titulares. La infracción de estos derechos es constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (www.cedro.org) si desea fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Para ti. Sí, tú.
Siempre habrá
alguien contigo.*





Tan asqueroso como suena

¿Sabes eso que dicen de que, en un equipo, hay que remar todos a una?

Los entrenadores lo dicen siempre cuando quieren que colabores. O cuando quieren que dejes de fardar.

En fútbol, mi mejor amigo, Henry, es incapaz de no presumir. Para empezar, es que es muy bueno. A ver, que una vez el tío hizo una chilena. Y en un partido, no entrenando. ¿Te imaginas?

Eso pasó cuando jugábamos en el mismo equipo a un nivel nada competitivo. Algunos compañeros de equipo empezaron a llamarlo «Superpiernas». Así de épica fue la chilena.

En fin, olvídate de Henry un momento. Lo que quería decir es lo que lo de remar todos a una a mí me suena casi a amenaza. Parece, como poco, una advertencia.

¿Cuántas veces he compartido equipo con alguien que no acababa de encajar? Y no tipo Henry, que, no sé cómo,

consigue destacar y encajar a la vez gracias a molar tantísimo que todo el mundo quiere ser como él.

No. Me refiero a personas como Justin Kemp, que jugaba en ese mismo equipo. En los entrenos, Justin gritaba si alguien le golpeaba con la pelota, hasta que los mismos que crearon el mote «Superpiernas» empezaron a llamar a Justin «el Flojo». Justin no duró hasta el final de la temporada; dejó el equipo y se apuntó al club de matemáticas de su colegio.

O como Francis Redmond, que fue el único otro alumno de sexto que entró en el equipo del colegio Oakwood el año pasado, además de Henry, mi amigo Luca y yo. El primer día de entreno, Francis salió al campo con calcetines arcoíris y, cuando los chicos más mayores le preguntaron por qué los llevaba, dijo que porque era bisexual. Lo dijo tal cual. En plan... flipa.

No voy a reproducir cómo llamaron a Francis, pero el caso es que no duró ni una semana. Y no solo dejó el equipo de fútbol: se fue a un colegio privado. A pesar de que el curso estaba a la mitad.

¿Entiendes a lo que me refiero?

Hay que remar todos a una.

Últimamente tengo muchas cosas en la cabeza, pero, por lo que sea, no puedo dejar de pensar en esto mientras mis padres me llevan al hospital para hacerme la prueba.

Me van a hacer algo que se llama colonoscopia, que es tan asqueroso como suena. Pero, a pesar de estar nervioso por lo que pueda encontrar mi nueva doctora, me pone más nervioso aún pensar en qué dirían los chicos si supieran que

me van a hacer una... una *colonoscopia*. Saben que voy al hospital, pero nada más.

¿Qué motes me pondrían si supieran los detalles?

No sé qué haría si no pudiera jugar al fútbol. Mi familia jamás me pagaría un colegio privado. Y, desde luego, tampoco pienso apuntarme a ningún club de mates. Sería como ir a clase después de clase.

—Muy bien, campeón —dice mi padre mientras mete el coche en el aparcamiento de un hospital tan grande que ni lo veo entero desde la ventanilla—. ¿Estás preparado para entrar?

¿Estoy preparado para entrar? Desde luego, estoy preparado para que se acabe para que mi vida vuelva a la normalidad, pero no tengo claro que sea lo mismo.

—Supongo —contesto.

—Iría todo bien —comenta mi madre.

Creo que ella necesita oírlo tanto como yo. Ni de broma se habrían pedido el día libre en el trabajo los dos si no estuvieran nerviosos también.

—Muy bien —dice mi padre—. Pues vamos al lío.



Artillería pesada

La buena noticia es que, para hacerte una colonoscopia, te duermen, así que no te enteras de nada. El sueño de la sedación no es como el normal, eso sí: es más rápido y profundo. Cuando me despierto, tardo un minuto en darme cuenta de que no estoy soñando.

Para empezar, veo borroso y como desde un túnel. Y no estoy en la sala en la que me dormí. Pero, mientras la nueva estancia comienza a tomar forma, lo que me deja loquísimo de verdad es la nieve que veo por la ventana.

Para entenderlo, basta con que te diga una cosa: vivo en Georgia. Aquí casi nunca nieva, ni siquiera en las vacaciones de invierno. No sabía que fuera posible que nevase en abril y, a menos que me haya pasado mucho tiempo dormido, ese es el mes en el que estamos. El campeonato empieza a finales de la semana que viene y, después del campeonato, el curso prácticamente se acaba.

Pero ese es el problema: tal y como tengo la cabeza, no hay forma de estar totalmente seguro de cuándo o dónde estoy, ni de si lo que veo es real siquiera.

—Will, cariño. ¿Estás despierto?

La voz de mi madre. Es real. Entonces sé que todo lo demás también lo es.

Mi madre está en una silla junto a mi cama, agarrando una manta que se ha alargado mucho desde que retomó su afición por hacer punto esta mañana. Mi padre se pasea por el fondo de la habitación, con la cara casi pegada al móvil. Sea lo que sea lo que está leyendo, le preocupa o le enfada; puede que las dos cosas.

Intento decir varias palabras distintas a la vez, y lo que me sale es una mezcla incoherente que debe de sonar como el quejido de un zombi al volver de entre los muertos. De repente, la habitación se convierte en una oleada de palabras y movimiento.

—Voy a avisar a la enfermera —anuncia mi padre, mientras sale al pasillo.

Mi madre se inclina hacia mí y me pregunta:

—¿Cómo te encuentras, cariño? ¿Necesitas algo?

Yo niego con la cabeza. Lo que quiero decir es que no lo sé.

Creo que aún no se me ha pasado del todo el coloccón. Se me cierran los ojos y, cuando intento mover la cabeza, toda la habitación da vueltas.

Empiezo a recuperar el control del resto del cuerpo. Es raro; es como si tuviera el estómago lleno y vacío a la vez. O como si tuviera que ir al baño. Pero eso no puede ser, porque llevo más de un día sin comer.

La barriga me ruge de una forma muy rara, como si supiera en qué estoy pensando. A pesar de que solo estamos mi madre y yo, me da un poco de apuro.

Entonces mi padre vuelve seguido de una enfermera con un pijama morado. Estoy bastante seguro de que se había presentado como Sylvie, pero eso fue justo antes de que me pusieran la sedación en vena; estaba yo un poco distraído.

—Hola, Will —me saluda la que creo que es Sylvie—. Te traigo galletas y zumo de manzana. Te las dejo aquí. La doctora Clarkson se pasará a verte pronto.

Mis padres se miran a la velocidad de la luz, como si así yo no fuera a verlo. Sé qué están pensando. Piensan que, cuando venga la doctora Clarkson, podría ser con la respuesta a lo que me ha estado pasando todo el año.

Que conste que yo también pienso en eso, pero es que de repente estoy famélico. Cuesta pensar en nada que no sean esas galletas, que devoro en cuatro mordiscos.

—Cuando salgamos —dice mi padre—, podemos ir a tomarnos un batido al McDonald's. ¿Qué te parece?

—Me parece bien —contesto, a pesar de que esos batidos nunca me han gustado tanto como a mi padre y a mi hermana Lexie. Da la sensación de que, para ellos, los batidos del McDonald's son insuperables, lo que tiene gracia, porque Lexie trabaja en un sitio donde hacen batidos, Scoops and Shakes, que está en el viejo centro comercial de Main Street. Sus batidos sí que están de vicio. Tienen uno de chocolate y malvaviscos que sabe como si los acabaras de sacar de la hoguera. En cambio, siempre me ha parecido que los del McDonald's saben a aire frío y azucarado.

—Primero a ver qué dice la doctora Clarkson —interviene mi madre—. Puede que le quiten los lácteos un tiempo.

—Es verdad —le contesta mi padre—. Se me había olvidado. Entonces, igual podemos hacer puré de patatas y caldo de pollo con fideos cuando lleguemos a casa.

Esta es una de las muchas cosas a las que me he acostumbrado en los últimos dos meses: a que mis padres tengan conversaciones que son más sobre mí que conmigo. Poco después de que arrancara la temporada de fútbol, empecé a llegar a casa del entreno cansado y con ganas de ir al baño. Tampoco era el cansancio normal, sino de caerte rendido en la cama. Agotado totalmente. Me iba directo al baño y, desde dentro, oía a mis padres decirse, de un lado al otro de la casa: «¿Otra vez en el mismo día?». «¡Estaba aún más pálido que la última vez!». Y así seguían, como si yo no estuviera.

Al final llegó un punto en el que me hicieron ir a la doctora Yi, mi pediatra desde que era un bebé. Aún me da pegatinas cuando tengo visita. Sí, se me hace un poco raro, pero me siento a salvo con ella.

Pero hace dos semanas la doctora Yi me dijo que tenía que ir ver a una especialista de Atlanta, la doctora Clarkson, que quería que fuera para hacerme una colonoscopia «más pronto que tarde». Fue entonces cuando entendí que a lo mejor no estaba cansado por culpa de algún virus intestinal.

Que puede que tuviera algo malo de verdad.

—¿Cariño? —me llama mi madre, al ver que estoy empezando a medio quedarme frito otra vez—. Tenemos algo que darte si lo quieres. Lo estábamos guardando hasta que te despertaras del todo.

Dobla la manta, la deja a su lado y empieza a hurgar en su bolsa de tela. Al final saca un gran sobre marrón con mi nombre escrito muy pequeño a boli. Mis padres me miran expectantes mientras abro el sobre y saco una cartulina enorme doblada por la mitad. En la cara externa pone:



El señor Dyson enseña catequesis en mi iglesia todos los domingos. Los Guerreros del Finde es el nombre que elegimos en esa clase al comenzar el curso.

Parece que todo el mundo me ha escrito una nota o ha firmado en el interior de la tarjeta. Henry, Zander, Yasmin, Madison. Hasta los alumnos de sexto con los que no hablo mucho. Todos me escriben que rezan por mí. Esperan que esta última prueba sea la que por fin haga que me ponga mejor.

—¿A que son majos? —me pregunta mi madre.

—Tienes un montón de fans y admiradores, campeón —afirma mi padre.

Pero la verdad es que de repente me siento raro. No me gusta nada que todo el mundo sepa que estoy malo. La idea de que todos pararan la clase de esta semana para centrar toda su atención en mí... Ese tipo de atención me pone nervioso.

Aun así, asiento.

—Muy majos —contesto.

—Buenas —dice la doctora Clarkson al entrar y, al instante, mis padres se ponen serios y se callan. La modorra se me pasa de golpe.

La doctora Clarkson es más bajita que yo y tiene sonrisa de ser buena persona, pero, por lo que sea, consigue intimidar a pesar de eso. Puede que sea porque lleva la bata blanca oficial o porque todos los enfermeros y el personal del hospital le habla rapidísimo, como sabiendo que está muy ocupada.

—¿Cómo te encuentras, Will? —pregunta, mientras se para a los pies de mi cama.

—Se acaba de despertar —comenta mi padre.

—Justo acabamos de darle la tarjeta de sus amigos de la iglesia —añade mi madre.

La doctora Clarkson les sonrío, pero se gira hacia mí, aún esperando que conteste yo.

—Estoy bien —respondo.

La doctora asiente.

—Bueno, muchas gracias por hacer tan bien la preparación —dice, en referencia al mejunje repugnante que me tuve que beber anoche para hacerme ir al baño. Tenía que venir con las tripas bien vacías para que me pudieran ver bien por dentro con la cámara. Eso es lo que exploran en la colonoscopia—. Sé que no es nada agradable.

Yo me encojo de hombros. La doctora me observa un instante por si quiero aportar algo más. Al final continúa.

—De acuerdo, familia McKeachie. La buena noticia es que la exploración nos ha dado la solución al misterio. ¿Os parece que comparta la información con todos a la vez?

—Sí, por favor —contesta mi padre, mientras que mi madre solo asiente. Supongo que esa no era una pregunta para mí.

—Bueno, tendremos que esperar a tener los resultados de la biopsia para confirmarlo, pero, por el patrón inflamatorio que veo, parece que se trata de una enfermedad de Crohn.

Mi padre suelta un ruidito, como si hubiera empezado a decir «no», pero se le hubiera quedado atascado. Mi madre agarra la manta tan fuerte que se le ponen los nudillos blancos.

La enfermedad de Crohn era una de las posibilidades que había mencionado la doctora Yi. Intentó darle un toque positivo, pero daba bastante miedo, sobre todo después de investigar más por internet en casa.

Encontramos mucha información contradictoria, pero algo en lo que sí coincidían todos los artículos que leímos era que la enfermedad de Crohn no tiene cura. Al menos de momento.

—Pero la noticia buenísima es que la hemos pillado pronto —continúa la doctora—. Hay que agradecerle a la doctora Yi que reconociera los síntomas y no esperase demasiado para mandarte las pruebas.

Al oír eso, se me pone el vello de punta. Si me siento así habiéndolo pillado pronto (el agotamiento y los dolores de tripa que parecen agujetas, con suerte, o que te estén clavando un destornillador junto al ombligo, si no hay suerte), no quiero ni pensar en lo que habría supuesto pillarlo tarde.

—¿Qué es lo que toca ahora? —dice mi madre, con su voz más resolutiva. Gestiona el inventario de una gran tienda

de manualidades. Pone la misma voz cuando hay errores en un envío.

—Pues me gustaría que Will empezara con un tratamiento enseguida —responde la doctora Clarkson—. Will, ya sé que seguramente sigas grogui por la sedación, así que te lo anotaré todo para que te lo mires mejor en casa. Pero lo más importante que comentar, ahora que estamos todos, es que voy a recetarte un par de medicamentos distintos, incluido un esteroide llamado prednisona, para ayudar a que tu cuerpo luche contra la inflamación y se cure. Al empezar con la artillería pesada, podemos aprovechar el diagnóstico temprano para adelantarnos a la enfermedad. El objetivo es que entres en remisión cuanto antes.

La cabeza me da vueltas.

¿Inflamación? ¿Remisión? ¿Artillería pesada?

Conozco todas estas palabras (sobre todo por separado), pero me cuesta mucho entender qué significan cuando las juntas. No sé qué significan cuando las usan para referirse a mí.

Mi padre se ha quedado con otra palabra.

—¿Un esteroide? —pregunta—. ¿O sea, de esa clase de esteroides? —Flexiona el brazo para ilustrar a qué se refiere.

—No, no —dice la doctora Clarkson—. Se trata de un corticosteroide, que se usará para reducir la respuesta del sistema inmunitario de Will. En el caso de las enfermedades autoinmunes, como el Crohn, la inflamación la causa un sistema inmunitario hiperactivo. Tú estás pensando en esteroides anabólicos.

—Bueno, mejor, porque Will ya está bien con los músculos que tiene. ¿A que sí, Will? —Mi padre me frota la

pierna—. Seguro que te nombran el jugador del partido cuando os enfrentéis a Gordon. Vas a arrasar, ya verás.

La doctora Clarkson hace una mueca y, antes de que abra la boca, ya sé qué va a decir.

—Esa es la mala noticia. En cuanto Will esté totalmente en remisión, podría volver a jugar sin problemas. De hecho, ha habido unos cuantos atletas profesionales con enfermedad de Crohn. Cuando está controlada, hay poco que no puedas hacer.

—Pero... ¿qué pasa si no está controlada? —pregunta mi madre.

—Cuéntanos tú, Will —responde la doctora—. ¿Cómo has llevado la temporada hasta ahora?

Se señala la barriga al formular la pregunta, como si yo necesitara que me recordasen dónde está el problema (no me olvidaría por más que lo intentase).

—No ha ido mal —digo.

—Pero sí que has estado yendo mucho al baño —comenta mi padre—. ¿Tienes que ir también durante el entrenamiento?

—A ver, una vez o dos...

—¿Y te duele la tripa? —me pregunta la doctora—. En parte me preocupa el nivel de contacto que requiere el fútbol. Si chocas con otro jugador o el balón te golpea el estómago, podría no pasar nada, pero también podría empeorarte los síntomas. Queremos asegurarnos de que tu cuerpo tiene ocasión de recuperarse.

Pienso en el entreno de la semana pasada, cuando Kent dio un chute tan fuerte que el balón seguramente habría dado

la vuelta a la Tierra si no lo hubiera parado yo con el cuerpo. Me dejó sin aliento y, desde luego, me estuvo doliendo un rato después, pero un disparo así le habría hecho daño a cualquiera. ¿Verdad?

—No sé —musito.

Mi padre frunce el ceño.

—Sé que no es algo que quieras oír ahora, campeón, pero creo que más vale prevenir que lamentar.

Normal que mi padre diga algo así: trabaja en una compañía de seguros, la misma en la que trabajó mi abuelo. Prevenir en vez de lamentar es básicamente su trabajo.

—¿Podemos hablarlo mejor en casa? —digo, porque no quiero montar ninguna escenita.

—No, yo creo que es mejor comentarlo aquí, ya que tenemos a la doctora Clarkson para ayudarnos —contesta mi madre.

Mi padre asiente.

—Tu salud es la prioridad. Además, si sales al campo sin poder darlo todo, luego no te sentirás bien contigo mismo.

Ha dado en el clavo. Los dolores de tripa y las frecuentes visitas al baño son molestas, pero, de momento, he podido vivir con ellas. El auténtico problema ha sido la sensación de agotamiento, de no poder dar ni un paso más después de entrenar.

Y no solo me pasa después de entrenar. Cada día empezamos calentando con unas vueltas al campo y, en los dos primeros entrenamientos, corría las cuatro vueltas entre los primeros, con Henry y Luca. Pero llegó un punto en el que el simple hecho de acabar la cuarta vuelta me dejaba como si hubiera corrido una maratón entera.

Por eso me di cuenta de que tenía que ver a la doctora Yi.

Si el esteroide ese me ayuda a recuperar la energía de manera que pueda jugar como antes, supongo que vale la pena esperar. Lo último que quiero es perjudicar al equipo en el campeonato.

La doctora Clarkson me mira con comprensión.

—De verdad, en cuanto tengamos controlado este brote y estés en remisión, podrás volver a saltar al campo. He tenido pacientes que jugaban al baloncesto, al béisbol, al golf... A lo que se te ocurra.

El entrenador Yosef siempre nos habla del poder del pensamiento positivo, y de que el fútbol y la resistencia son algo mental además de físico. Durante meses, he hecho lo posible por obligarme a seguir pese al agotamiento y forzar mi cuerpo, como si pudiera lograrlo todo si lo deseaba con todas mis fuerzas. Cuando la doctora Yi me dijo que no era culpa mía que no pudiera hacerlo, me alivió, sinceramente.

Pero ahora me alegro de tener una doctora que también cree en el poder del pensamiento positivo. Es como si mi doctora fuera mi entrenador solo a mí, como un mánager totalmente nuevo que ha venido a decirme cómo vamos a ganar en el tiempo de descuento.

Solo que el otro equipo es mi cuerpo, así que igual no es que sea la mejor comparación posible.

—¿Cuánto tiempo tarda la pred... el esteroide... en hacer efecto? —pregunto.

—Tendrías que empezar a sentirte un poquito mejor en cuestión de días —me contesta la doctora—. Y llámame enseguida si no es así. Cualquier periodo de tiempo en

el que te encuentres mal es demasiado tiempo encontrándose mal.

Cualquier periodo de tiempo en el que te encuentres mal es demasiado tiempo encontrándose mal.

Esas palabras ya hacen que me sienta mejor. Y, si me voy encontrando mejor (en cuestión de días, según la doctora Clarkson), podré jugar en el campeonato sin problemas.

Miro la tarjeta de los Guerreros del Finde.

Miro por la ventana a la nieve imposible.

Supongo que muchas cosas parecen imposibles hasta que pasan. Y, si hace un año me parecía imposible que me entrara una enfermedad incurable, puede que el año que viene diga lo mismo de lo rápido que mejoré.

Supongo que la lista de cosas imposibles se hace más pequeña cada día.